

que todas atrapan y muchas repelen al mismo tiempo.

Aquí asistimos a un espectáculo inesperado, pero nada sorprendente para cuantos no olvidan el cariz del momento italiano oficial y no dejan de recordar el forzoso prestigio de salvador que en ciertos países de precaria cultura política se ha ceñido a la cabeza el hombre de armas. Podemos imaginar que Cristo y César son agarrados sin ninguna ceremonia y puestos en la balanza mental de Papini. Y ocurre entonces que César asciende a la categoría profética, y el Cristo, en quien nace la más alta universalidad, desciende y queda preso en el orbe romano. La conquista del poder, el ruido de la espada, han asegurado al primero, ante esta su posteridad de hoy, los atributos superiores de Cristo. Pero semejantes ficciones, a todas luces, es más afín con los nuevos cesarismos que con el cesarismo del propio Julio César, a pesar de su tentativa mitológica y pontificia. En tal aspecto, el libro de Papini puede ser un índice de la época que, con cifra redonda, se llamará 1930.

El libro está traducido al español por Santos Oliveira.—R. C. M.

---

ROBESPIERRE, por *Hans Von Hentig*.

Las biografías y los estudios sobre la personalidad de los que han dejado huella honda en la historia, han tomado variados aspectos. En el caso de este libro, no se trata de una biografía novelada, ni siquiera

de un ensayo biográfico completo, sino, como lo califica su autor, de un «estudio psico-patológico del impulso de dominio». El autor, capacitado como pocos para una tarea así, neurópata de fama y estudioso incansable, especializado en la Revolución Francesa y sus hombres, fija su posición al escribir en la primera página de su obra una advertencia en la que leemos:

En esta biografía psicológica de un hombre que era a la vez un asceta y un voluptuoso del poder, se reduce a la mayor concisión un material abundante.

Anuncia en seguida su propósito de añadir en otras ediciones de su libro, algunos fragmentos «sobre la mecánica de las revoluciones».

Tenemos, pues, caracterizado por el propio autor el libro: una biografía psicológica concisa. Pero es curioso observar lo que sucede con esta biografía psicológica y con casi todas las producciones que a ese género pertenecen, escritas por médicos especialistas, y en las cuales la interpretación psicológica de los personajes de la historia se reduce a una interpretación en que la psiquis de los individuos no aparece por ninguna parte, y en las que, en cambio, todos los movimientos, pasiones y reacciones vitales de los impulsos del individuo se explican hasta la saciedad por deformaciones orgánicas o perturbaciones fisiológicas. Desde los ensayos «grosso modo» del Doctor Cabanès y de todos los científicos del siglo pasado hasta las producciones recientes de Lafora, Carbo-



nell, Pittaluga, Marañón, Kretschmer, von Hentig, etc. Acaso porque sus autores son ante todo médicos especialistas, sus interpretaciones adolecen del rasgo común, ya señalado, que puede resumirse en una frase: una explicación fisiológica, materialista de los que hasta ahora considerábamos impulsos anímicos del individuo. Y esta circunstancia como norma fundamental, en la mayor parte de las investigaciones alrededor de las personalidades históricas, puede llevar y de hecho lleva a una explicación materialista de los hombres en que los rasgos espirituales, aquellos por los que precisamente han pasado a la inmortalidad, no existen. No hay mayor diferencia entre la afirmación del maestro de *La inteligencia* de que el pensamiento es una secreción cerebral y la explicación de la envidia que dominaba a Robespierre que da Hentig, porque este era eunucoide. Así con un bagaje no muy amplio de palabras indicadoras de anomalías orgánicas estudiadas por la ciencia médica—eunucoide, esquizofrénico, epileptoide, etc.—se trata de explicar y se explica a las mayores personalidades históricas. Pero ante esta tendencia, cabe preguntarse: ¿y un hombre, cualquiera que él sea, no es algo más?... ¿No hay entonces en el individuo otra cosa que no sea un conjunto de perturbaciones orgánicas o de taras hereditarias y adquiridas?... Creemos que precisamente, frente a las personalidades grandes de la historia es donde se encuentra más patente la existencia de un princi-

pio inmaterial no explicado hasta ahora, o si es material, no descubierto por la ciencia hasta hoy día. Y es curioso observar que mientras los médicos cuyos estudios tienen las caracterizaciones generales anotadas, los filósofos, biólogos y matemáticos más reputados de la hora presente retornan a un «vitalismo», proclamado por Hans Driesch, que se parece mucho a un mirar hacia atrás en la filosofía espiritualista de los ingenuos años del medio-evo.

Hentig ha tratado de explicar, estudiando la personalidad de Robespierre, el fundamento de lo que ha llamado el «impulso de dominio» de éste, que fué durante su actuación pública su nota más característica. En aras de ese impulso de dominio lo sacrificó todo, o más bien dicho ejecutó todos sus actos, porque el sacrificio no cabía en el hombre rígido, frío, severo, calculador, egoísta y ambicioso que era el abogado jacobino de Arras. Y después de su estudio, practicado con una honradez histórica digna de todo encomio y con un acopio de documentación que revela al investigador enamorado de su investigación, no se nos aclara lo suficiente el fundamento de ese impulso de dominio, para poder llegar a formular un juicio sobre él. Hay más, quedan en la penumbra diversas contradicciones que no aparecen debidamente explicadas. Así tenemos la afirmación de la timidez de Robespierre, que lo dominaba en todas partes donde se presentara en público, en la Convención, en el Club jacobino, en el Comité de salvación Pública, timidez reconocida por él



en buena parte de su correspondencia. Pero como lo hace observar el mismo Hentig, este hombre tímido, que según el autor si no hubiera llegado en la época revolucionaria, habría pasado su vida en su ciudad provinciana viviendo ordenada, burguesa y sórdidamente, hacía funcionar sin descanso la guillotina y no cesaba de pedir a Saint-Just, su amigo más duradero, nuevas y nuevas listas de futuros ajusticiados. Su impasibilidad para entregar al verdugo a todos los que fueron sus amigos y su pertinacia en mantener el régimen del terror cuando ya no era necesario, son hechos que unidos a los que ya hemos señalado, no se avienen bien con el concepto general de lo que es la timidez humana. El mismo Hentig tiene que reconocer esto, y para dejarnos y dejarse plenamente satisfecho, acude a la varita mágica de la ciencia, y entonces tenemos que la timidez en un esquizofrénico como Robespierre adquiere los caracteres aparentemente contradictorios que hemos señalado.

El egoísmo exagerado de Robespierre, su rigidez moral en que la idea virtuosa de la incorruptibilidad lo hacía prosternarse en una perpetua adoración de sí mismo, son productos de su organismo eunucoide, según Hentig, de su miedo inconfesado, pero real, de no poder satisfacer plenamente sus impulsos sexuales y satisfacer a las mujeres con quienes trataba. Así el amor en Robespierre puede decirse que no existe, porque sólo sabía amarse a sí mismo, y aunque tuvo el mayor partido precisamente

en las mujeres, debe notarse que era entre las viejas, aquellas que olvidadas de los dioses y de los hombres, ensoñaban entre suspiros, con motivo de las frases alambicadas, retorcidas, obscuras de los discursos del «incorruptible», teñidas de una vaga tendencia sentimental.

Todo el estudio de Hentig contribuye a dejar una idea poco grata de Robespierre. Mezquino, sórdido, egoísta, sin un impulso generoso ni una actitud levantada en su actuación pública, Robespierre no puede aspirar a la admiración, ni siquiera al interés de las generaciones que le han seguido, y sólo dejará en el ánimo la idea de un criminaloide—la frase es de Hentig—de la historia, afortunado y empujado a sus diversas actuaciones, por la fuerza misma de los acontecimientos históricos que vivió. Esto, según el autor, pero no debemos olvidar que los historiadores no médicos—Mathiez, Lenôtre, Aulard—han hablado de un tribuno de elocuencia subyugadora, de un hombre de una claridad de pensamiento y de directivas acentuadísima y de una personalidad moral constante y sin vacilaciones ni decaimientos.

¿Cuál será la verdad? Un poco de ella habrá en las diversas opiniones, pero para establecer afirmaciones absolutas, de cualquier especie que sean, sobre las personalidades históricas que se estudian, nos faltan la mayoría de los elementos del juicio, desde el principal, la falta de conocimiento y comprensión del ambiente en que estos personajes vivieron.



Pero para conocer algo de ello, es indudable que el libro de Hentig, que comentamos, y que lleva un magnífico prólogo del doctor Lafora, constituye un aporte valioso. —*Abel Valdés A.*

---

PORTALES ÍNTIMO, LAS MEJORES CARTAS DEL GRAN MINISTRO PUBLICADAS POR DON ERNESTO DE LA CRUZ EN SU EPISTOLARIO Y OTRAS INÉDITAS, CON UN ESTUDIO DE *Alone*.

Hacer crítica de escritores cuyo oficio es precisamente la crítica literaria es una labor tan atrayente como peligrosa. Más de una vez hemos pensado estudiar la obra de los escritores que han pasado su vida estudiando la obra de los demás, y acaso algún día realicemos nuestro propósito, que podría tener cierta utilidad para las letras chilenas. Por ahora, sólo anotaremos la impresión que nos ha dejado este *Portales íntimo* (1), que ha publicado Hernán Díaz Arrieta, uno de los más reputados y el más constante de nuestros críticos literarios.

Está compuesto el libro por una selección de diez y ocho cartas del Ministro, incompletas algunas y no todas publicadas en el *Epistolario* del señor de la Cruz, y por el estudio que sobre el *Epistolario* indicado publicó Alone en su crónica literaria semanal, en los meses de Julio y Agosto últimos. Además

---

(1) Santiago. Imprenta Universitaria, 1930.

ha insertado Alone una simpática y rápida semblanza de don Antonio Garfias, destinatario de la mayoría de las cartas, y un prólogo en que explica con claridad el objeto y la causa de la publicación del libro. Leemos en el prólogo que han impulsado al autor a la publicación de *Portales íntimo* el interés de la figura de Portales, y las dificultades prácticas que ofrece el volumen del señor de la Cruz, por su precio, formato y el escaso número de ejemplares de que consta la edición.

Estas circunstancias hacen no sólo conveniente, sino necesaria una selección breve que ponga a la mano de cualquiera lo sustancial del *Epistolario* y nos permiten reproducir las tres crónicas de índole informativa que publicamos para darlo a conocer. Entre los muchos aspectos que ofrece, hemos preferido el punto de vista de la vida privada de Portales, por ser el que trae más curiosas revelaciones y un acento más personal.

Esas palabras del autor, que hemos transcrito, explican mejor que otras el objeto del libro.

Pero en ellas encontramos también la base para formular algunas observaciones, que la lectura del libro nos confirma. No creemos que con la escasa selección haya logrado Hernán Díaz extractar «lo sustancial del *Epistolario*» para ponerlo al alcance de cualquiera, pues el propósito que el mismo autor manifiesta de circunscribir este perfil epistolar sólo al aspecto íntimo del Ministro lo restringe demasiado. En efecto, la personalidad pública de